

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 43

A galope
tendido



25 cénts.

Protagonista:
Hoot Gibson

Revista Semanal

A galope tendido

Argumento de la película así titulada. Exclusiva de «Hispano American Films»: Valencia, 233.

PROTAGONISTA: HOOT GIBSON

I

Era la hora del alba, cuando la vida renace en el desierto, cuando los pajarillos, que acaban de despertar, entonan sus canciones más deliciosas.

A aquella hora, haciéndote cura a la refrescante brisa, un turista emprendía su camino, al parecer, contento, gozoso y satisfecho. Nada más que al parecer. En realidad, iba malhumorado, pronunciando palabras de cólera, entrecortadas y violentas.

Y no era para menos. El turista, obligado a caminar, llevaba las botas rotas. Bueno, esto, en verdad, no debe ser llamado un turista. Porque ¿dónde se ha visto un turista con las botas rotas?

El personaje que acabamos de presentar, protagonista de esta verídica historia, era, simplemente, un vagabundo. Y ya está dicho todo.

Se llamaba Simplex Cox y era un hombre que siempre, hallárase donde se hallara, estaba fuera de su sitio porque era un inadaptado. Muchas ve-

ces reflexionaba acerca de por qué, el mundo, que tanto le gustaba a él, tan mal con él se portaba...

Pero el caminar incesante, única ocupación de su vida, daba fin, en seguida, a todas sus reflexiones.

La madrugada en que lo presentamos al lector, cuando ya hacía un rato que caminaba, alzando la vista al cielo y mirando después las suelas rotas de sus zapatos, exclamó:

—Otro día más. Voy a presenciar la maravilla del nacimiento de otro día más. El cual supone, para mí, otra jornada en el camino que no va a ninguna parte. ¿Por qué estaré condenado a este eterno caminar sin objeto? Verdad es que no me gusta trabajar. Si me gustara trabajar, podría quedarme aquí, allá, en cualquier parte. Así, ¿estaría bien? Me parece que no. Tampoco puedo probarlo. El trabajo es una rosa que me da miedo.

Hablando así a tiempo que caminaba con paso largo y pausado, llegó a una solitaria estación de ferrocarril, donde sólo había dos hombres, sentados en un banco, y adonde poco después que él llegó otro hombre, éste bien vestido, en un carricoche pintoresco y extraño, tirado por un caballo nervioso y joven, ansioso de galopar.

Nuestro vagabundo se sentó en un cajón, cerca de los dos hombres que allí había, a los cuales no dijo ni palabra. Estaba ya acostumbrado a que muchas gentes no contestaran a su saludo y había optado por no saludar a nadie.

El que llegó después que él, en el carricoche, se llamaba Fred Bolston y era conocido en todos aquellos alrededores por el sobrenombre de «el artista», pues parece que era aficionado a la pintura.

Los dos hombres que había en la estación, uno

de ellos mozo del ferrocarril, el otro empleado de Fred, al ver venir a éste, hablaron. El vagabundo, si hubiera prestado atención habría oído cuanto dijeron, pero no se fijó en ello, como si viviera en otro mundo.

Dijo el mozo de la estación al otro:

—Ese que llega es Bolston, el tipo a quien el viejo Arnett ha prometido escarmentar porque anda persiguiendo, sin cesar, a su hija.

—¿Quiere usted decir—preguntó el otro, pero con tono indiferente—que será capaz ese viejo de hacer daño al pretendiente de su hija?

—Y tan capaz. Hasta de matarlo es capaz.

El mozo tuvo que alejarse para realizar algún servicio y el otro hombre salió a esperar al que llegaba, a quien dijo:

—El señor Arnett acaba de regresar a su finca. Acuérdesse de que tiene dicho que le escarmentará.

—Si que es un conflicto. El tren está al llegar. En él viene la hija de Arnett, a la que prometí esperar y llevar a su casa...

—Yo, en el lugar de usted, no iría. El viejo Arnett es muy bruto.

—¡Maklio viejo!

—La verdad es que es un hombre temible.

—¿Qué hacer, pues?

Pensando en solventar el conflicto, Fred se acercó a la estación, seguido por su empleado.

Vu junto al edificio sacó un cigarro puro y lo encendió, como para pedir al tabaco una idea feliz.

El vagabundo, que era un fumador impenitente, al sentir el olor del cigarro de «el artista», comenzó a registrar sus bolsillos buscando en ellos un poco de tabaco. Tarea poco menos que eterna. Todos sus bolsillos estaban completamente vacíos. Al fin encontró, envuelta en papeles, una punta de ci-

garro, que entendió y empezó a saborear con fruición.

Fred había visto todos estos movimientos del vagabundo y, por ellos, creyó encontrar la solución de su conflicto. Se acercó, pues, a nuestro protagonista y le dijo:

—¿Quieres ganarte diez dólares?

—¿Si no es cosa de trabajar mucho?...

—No, no tienes que trabajar mucho, Mica. En el tren que debe llegar de aquí a un momento viene una señorita, rubia, alta, bella, de ojos azules y muy grandes, delgada y gentil. ¿La conocerás?

—Sí. Con sus detalles, no es fácil confundirla con ninguna otra.

—Pues bien. Saldrás a su encuentro, cuando baje del tren. Se llama Arnett, la señorita Elena Arnett.

—Perfectamente.

—Luego, la llevas a su casa, en mi cochecito. Ella misma te indicará el camino.

—Bien. Pero, ¿qué debo decirle?

—Que todo lo haces por encargo mío.

—¿Y quién es usted?

—Soy Fred Bolston, el artista.

—¿Y dónde quiere que le devuelva el cochecito?

—Te puedes quedar con él. Yo no lo voy a necesitar más.

Quedaron de acuerdo. No obstante, al vagabundo le parecía raro que le regalaran un coche y un caballo.

—Aquí—se decía—debe haber algo misterioso.

Y como a él, que no era aficionado al trabajo, le gustaban mucho las cosas misteriosas, se prometió averiguar qué había detrás de todo aquello, tan raro y tan absurdo.

Cuando apenas se había alejado Fred, y con él su empleado, el mozo de la estación dijo al vagabundo:

—Te aseguro, muchacho, que tienes un empleo de porvenir en las manos...

El tono con que fueron dichas esas palabras afirmó más aun la creencia de algo misterioso en la mente del vagabundo. Iba, para ello, a preguntar algo al mozo, pero en aquel momento llegó el tren y olvidó todo lo que era ajeno al cumplimiento de su cometido.

Del tren bajó un solo viajero: una gentil señorita. Para el vagabundo no había, pues, duda. Si hubieran bajado más señoritas, si hubiera dudado. Pues la pintura que Fred había hecho de la señorita Arnett era bien pobre ante la maravilla de la realidad. Elena era, en efecto, alta, rubia, gentil, pero mucho más bella de lo que indicaban las palabras de su pretendiente. Era más bella que un bello sueño.

El vagabundo, con el sombrero en la mano, se acercó a ella y le preguntó:

—¿Es usted la señorita Arnett?

—Sí, yo soy. ¿Qué se le ofrece?

—Un tipo llamado Bolston me ha alquilado para que la lleve a su casa. Me dijo que usted comprendería el por qué y que usted, también, me indicaría el camino.

Un gesto de cólera se pintó súbito en el bellissimo rostro de la muchacha. Pero en seguida se dominó y dijo:

—Vamos.

Subieron en el coche y partieron. Poco después, ya en el camino de la finca, solos y sin haber cruzado todavía la palabra, cada uno iba entregado a sus propios pensamientos.

De pronto ella dijo:

—Espero que mi papá no le tomará a usted por el señor Bolston.

Y mirando fijamente al vagabundo, añadió:

—Creo que no... Nadie le tomaría a usted por él.

—Muchas gracias—contestó el vagabundo con cierta ironía natural.

—¿Por qué muchas gracias?

Porque no me agradaría parecerme a ese tipo.

La joven, sin darse cuenta del valor de estas palabras, valor de mortificación para una mujer que estuviese enamorada, dijo, respondiendo a su preocupación íntima:

—Estaba muy preocupada porque mi papá había dicho que su cuanto encontrara al señor Bolston en mi compañía le iba a dar un escarmiento ejemplar. Yo creo que pensaba matarle...

—¿Qué dice usted?—preguntó el vagabundo entreviendo ya alguna parte del misterio.

Elena, como si no hubiera oído la pregunta, continuó:

—Naturalmente, si mi papá espera hasta que estemos cerca de casa, verá en el acto que usted no es el señor Bolston... Pero lo más fácil es que no espere... Conoce desde una legua el caballo de Fred.

—Si que es un valiente el tal Fred—dijo el vagabundo malhumorado.

Pero Elena no le oyó. Tampoco ella dijo nada más.

Se iban acercando a la finca, rodeada de árboles silvestres y de un jardín verdaderamente salvaje. Desde la lejanía la casa ofrecía un espectáculo pintoresco. El vagabundo la miraba con ojos inquisitivos, más que admirando su belleza, queriendo prevenirse contra el peligro que le amenazaba.

En la casa, el padre de Elena esperaba impa-

ciente el regreso de su hija. Y como ya era la hora en que ésta debía llegar, se asomaba con mucha frecuencia a una de las ventanas, para ver si ya venía la joven. De pronto, en un alto que hacía el camino, descubrió el coche. En seguida llamó a Esteban Larabec, capataz de la hacienda.

El señor Arnett, desde los tiempos de las luchas entre los ganaderos, era conocido en todo el contorno por Arnett el temible. A Fred, el pretendiente de su hija, lo odiaba con toda la fuerza de su instinto. Por eso, al ver el coche, reconociendo el caballo de «el artista», llamó a su capataz para prevenirle de lo que iba a hacer.

—Esteban—dijo a éste en cuanto lo tuvo cerca, —¿verdad que aquel caballo es el de Bolston?

El capataz no contestó nada. Arnett añadió:

—Sí, es su caballo. Ojalá que Bolston esté dentro del coche. Así terminaremos de una vez.

Y echó mano a su pistola y comenzó a disparar contra una arrión que tenía, a bastante distancia, puesta de blanco.

El vagabundo, que ya se acercaba, oyendo aquellos disparos, dijo a Elena:

—Señorita, ¿verdad que hay mucha diferencia entre mi pelo y el de Bolston? ¿Cree usted que su papá sabrá advertir esta diferencia?

Y como Elena no le contestara, se puso en pie dentro del coche y mostró su pelo, levantándolo con las manos.

Elena reía de aquella ingenua estratagema, pero el señor Arnett advirtió que su hija no venía acompañada por Bolston, que era lo que el vagabundo trataba de demostrar.

Y llegaron a la finca sin que nada ocurriera. El señor Arnett bajó al jardín para recibir a su hija,

la cual, en cuanto bajó del coche, a tiempo que abrazaba a su padre, exclamó:

—Papá, ¡cuánto me alegro de haber regresado! La ciudad me era inaguantable.

—Lo celebro—contestó el padre. En algo se ha de conocer que eres hija mía. Yo tampoco puedo vivir en aquel amontonamiento de casas, en aquel bullicio, en aquel ruido ensordecedor y desagradable. Nada hay en el mundo como el campo.

Elena, mientras su padre hablaba, lo abrazó otras varias veces, contenta y gozosa.

Asistía a la escena, indiferente al parecer, el capataz, desde un lugar apartado del jardín, mirando torvamente al vagabundo, el cual creyó descubrir en aquella mirada alguna relación con el misterio que veía en todo lo que rodeaba a la señorita a quien había acompañado.

Cuando entraron en la casa padre e hija, ésta explicó como pudo el hecho de venir acompañada por aquel hombre tan extraño y tan desarrapado. En seguida, el señor Arnett volvió a salir y, dirigiéndose al vagabundo, que ya se disponía a marcharse, le dijo:

—Tenemos un gran cocinero. Entre y verá si lo que digo es o no verdad.

Esta manera de invitarse a comer extrañó mucho al vagabundo y estuvo tentado de no aceptar. Pero su hambre era más fuerte que su voluntad y, sin decir palabra, entró en la casa.

En cuanto él hubo desaparecido, el capataz se adueñó del coche y lo quitó de en medio.

Dentro de la casa, el vagabundo fué presentado al cocinero, a quien le fué ordenado que preparase, para el recién llegado, una comida opípara.

Y mientras la comida se hacía, el señor Arnett dejó al tránsito caminos en una estancia lujosamente

amueblada, donde había, entre otras cosas, amplias y mullidas butacas, en una de las cuales se arrellanó el impenitente caminante.

Nunca se había sentido en lugar tan cómodo. Pronto, pues, acabó por tenderse, tal que en una cama. Y cerró los ojos, gozoso, para soñar despierto.



II

Aquella misma tarde llegó a la casa un nuevo visitante, recibido desapaciblemente por el dueño de la finca.

El visitante se llamaba Ezequiel Hawkins y era un tipo que nunca había sido malo porque nunca había tenido oportunidad de serlo. Pero ahora, que

se le presentaba aquella oportunidad, descubría el fondo de su alma, ruín y mezquino.

Cuando el señor Arnett y su visitante entraron en el despacho, el último dijo al primero:

—Aquí me viene usted otra vez, señor Arnett. Las gentes que quieren comprar las viviendas aztecas que usted compró hace tiempo para unir las a su finca, las desean para hacer de ellas un lugar de turismo. Hoy me han visitado y están dispuestas a darle por ellas cinco mil dólares.

—Hawkins, ya sabe usted que contraje deudas para comprarlas. Tal era el interés que en ellas tenía. Eso quiere decir que no las vendo.

—Está bien. Ya comprenderá usted que a mí poco me importa todo esto. Si intervengo en ello es por su interés. Claro es que sé que contraje deudas. ¿Si es a mí mismo a quien me debe el dinero? Pero como la cosecha este año le ha dado mal resultado y pronto vence el pagaré, creí que... en fin, supuse que quizá se desprendería usted de las viviendas, presto que, en verdad, para nada le sirven.

—Pues supuso usted mal. No las vendo. En cuanto al pagaré, no tema. Le daré su dinero cuando venga. Ésta es mi última palabra. No quiero verle más por aquí para eso de las viviendas. No me sirven para nada, es cierto, pero las quiero para mi recreo.

El visitante, temiendo que el señor Arnett se encolerizara, pues ya conocía los efectos de su cólera, se despidió atropelladamente.

En cuanto se hubo ido, el dueño de la casa se fué a buscar al vagabundo, el cual, después de comer, se había dormido en una de las cómodas butacas.

Fué despertado y oyó que le preguntaba el padre de Elena:

—¿Quieres trabajar?

—Hombre... trabajar — contestó el vagabundo sin saber qué decir.

Pero el señor Arnett no le dejó terminar.

—Te daré un trabajo — dijo — muy poco pesado. Quiero que sirvas de acompañante a mi hija. Le has caído bien y con esa facia que tienes no te tomará en serio. Es decir, no se enamorará de ti.

—No se ocupe de eso — repuso el vagabundo con su natural ironía. — Si viera usted lo simpático que soy cuando me lavo la cara y me pongo un traje nuevo y no llevo las butas rotas!...

—Bueno. Nada de bromas. Te pagaré cien dólares al mes, pero con dos condiciones: que sigas usando esas ropas andrajosas y que no permitas que se le acerque nadie, señaladamente si es hombre.

La ocupación que se le ofrecía no le gustaba nada al vagabundo, pero pensando que todo aquello tenía relación directa con el misterio que había en torno a Elena, y que tanto le preocupaba, se dispuso a aceptarla. Y preguntó:

—¿Y si alguno me perfora el pellejo de un balazo?

—En ese caso — le respondió el señor Arnett bromeando, — cuenta con el mejor sarcófago de metal que haya en la ciudad... Y cuenta también que te enterraré en nuestro panteón familiar.

—Bueno — dijo el vagabundo. — Al fin, tanto me da morir un día como otro. Acepto.

El señor Arnett, para mostrarle su reconocimiento, le entregó un magnífico cigarro puro, gran prueba de afecto por parte de él. Luego se despidió de su nuevo empleado y salió. Y éste volvió a tumbarse en la butaca, con el puro encendido.

—Esto es vivir—decía—y no andar por los caminos.

No era muy sabido que Fred Bolston sabía mucho más de química que de sota. Pero el lector debe saberlo.

Cuando, por la mañana, no pudo esperar a Elena, se dirigió a los alrededores de las viviendas azucareras, donde, en una escondida casa de madera, en la montaña, se entregaba, hacia ya algún tiempo, a continuados experimentos, que al fin habían dado el resultado esperado y apetecido.

Poco después que él llegaron algunos de sus amigos, que estaban en el secreto, entre ellos el capataz de la hacienda del señor Arnett—y ahora se explica que quitara de en medio el coche en que fueron Elena y el vagabundo—y el tipo llamado Hawkins, a quien ya hemos conocido y que precisamente fué enviado por Fred a realizar aquel trabajo para la compra de las viviendas.

Cuando éste regresó de la entrevista con el señor Arnett, dijo al pretendiente de Elena:

—Me dijo usted que fuera sutil, Bolston, y lo he sido, pero inútilmente. El maldito viejo no quiere vender las viviendas.

—Supongo que espera vender su ganado especial para pagarle a usted su deuda, pero está equivocado, porque no lo venderá. Casi todos sus trabajadores están ya a nuestro servicio. Lo está, especialmente, el capataz. Hoy mismo le daré orden para que envenene el ganado de Arnett. Y cuando el ganado empieza a morir y se acerque la fecha del vencimiento del pagaré, no tendrá más remedio que vender las viviendas para pagarle. Enton-

res, las compraremos por menos dinero del que hoy se le ha ofrecido. Y nos haremos millonarios, porque esto es una fuente de riqueza. Yo había empezado a cortejar a su hija para apoderarme de esto sin ningún desembolso. No quiere darme la hija; no quiere tampoco vender. Pues bien. Serán nuestras las viviendas con menos sacrificio...

He aquí ya un poco aclarado el misterio que el vagabundo había entrevisto...

Al día siguiente Simplex Cox, nuestro protagonista, comenzó a cumplir sus deberes. Pero el pobre, que en toda su vida sólo había cuidado, alguna que otra vez, animales, tenía mucho que aprender para poder tratar a una joven bonita y caprichosa.

En el primer momento que se descuidó pudo ver a Elena hablando con el capataz. El cual decía a la joven:

—Si su papá no cambia de parecer acerca de Bolston, muy pronto tendrá que comprar una sartén nueva para sus blancos. La otra está ya por completo agujereada...

Rió Elena y se alejó del capataz. En seguida éste se sintió cogido por la espalda y amarrado con un cordel. Era Simplex, que quería demostrarle cómo se pagaba el hablar con la señorita.

Cuando, encerrado en una cuadra, pudo el capataz deshacerse de sus ligaduras, juró tomar ejemplar venganza de su enemigo. Para lo cual tenía dobles razones, supuesto que estaba al servicio de Fred, que no podría ver con buenos ojos la vigilancia de que era objeto Elena.

Poco después, estando solos en el jardín, Elena dijo a Simplex:

—Oye, Simplex: ¿quieres hacerme el favor de llevarle una carta al señor Bolton?

—Estoy a su lado precisamente para lo contrario.

—Es que quiero decirle que no podré verle más...

—Si es eso lo que va a decirle, cuente con que la llevaré.

—Gracias, Simplex. No esperaba menos de ti. Voy a escribirla ahora mismo.

Entró Elena en la casa, Simplex, como de costumbre, se tendió en la butaca en que la joven había estado sentada.

Desde una esquina de la casa lo vigilaba el capataz, rencoroso, pensando en su venganza. De pronto se dijo a sí mismo:

—Ya está.

Y en seguida llamó a uno de los trabajadores, que estaba, como él, al servicio de Fred, al cual dijo:

—Ve y dile a Bolton que yo me ocuparé de eso del ganado.

Se refería, claro está, al proyecto de envenenamiento, pensando echar las culpas al vagabundo, para lo cual no había de faltarle ocasión propicia.

Entretanto, Elena escribía:

«Me encontraré contigo en las viviendas a las 11 de la mañana el viernes. Buenas noches, amor mío.—Elena.»

Y salió de la casa con la carta en la mano, sin cerrar.

Simplex, que la vio salir, se sentó de nuevo. Ella, llegando hasta él y entregándole la carta, le dijo:

—Ya ves la confianza que me inspiras, Simplex. ¡Ni siquiera oíste la carta!

Simplex, creyendo, en efecto, que aquello era una prueba de confianza, guardó la carta en su pecho, subió en un caballo y partió hacia las viviendas.

El capataz, que había visto todo lo ocurrido, montó en otro caballo y partió, por camino distinto, también hacia las viviendas. Conocía las trochas y se adelantó, con mucho, al vagabundo. Y en un lugar del camino, donde éste estaba rodeado de árboles, colocó una cuerda, llevada al efecto, a la altura de la cabeza, cruzando la carretera. Y cuando el vagabundo llegó allí, que ya era por la noche, yendo con el caballo al galope, recibió tan tremendo golpe en el cuello, que cayó al suelo sin conocimiento, en tanto que el caballo, sin jinete, seguía su carrera, ya sin objeto.

El capataz recogió la cuerda con presteza y volvió a la hacienda a escape. Nadie le había visto.

Pasó la noche entera sin que Simplex volviera en sí. Sólo cuando los rayos del sol dieron en su rostro de pleno, acabó el desvanecimiento. Y pasó a paso, sin saber lo que le había pasado, pero imaginando que ello había sido obra del capataz, y más intrigado que nunca en el misterio de cuanto le rodeaba, volvió a la casa del señor Arnett.

El cual, poco antes, extrañado de no ver al vagabundo, había entrado en su habitación, suponiendo que aun dormía, y teniendo la sorpresa de hallar intacta la cama.

Para averiguar lo que hubiese pasado, se sentó en la estancia vecina, por la cual, para ir a la suya, tenía forzosamente que pasar Simplex. Y así, cuando éste llegó, momentos después, el señor Arnett, poniéndose ante él, le preguntó:

—¿Qué hiciste por ahí toda la noche?

—Como no puedo dormir en la cama que han dispuesto para mí, tan blanda, pues que no estoy acostumbrado, me fui al campo, donde siempre he dormido. ¡Y qué bien he descansado! No me explico cómo hay gentes que no duermen en el campo...

El señor Arnett se quedó mirando a Simplex con un gesto de duda. Y cuando iba a contestar algo, quizá una nueva interrogación más perentoria, lo evitó la llegada de su hija que, sin fijarse en nada, dijo:

—Papá, me voy al pueblo a cumplir unos encargos. Sólo estaré unas cuantas horas.

Y sin esperar respuesta, volvió a salir, alegre y con una sonrisa picaresca, no sólo en sus labios, sino en todo el rostro.

Simplex la vio salir en silencio, dirigiéndole una mirada que parecía hablar. Y el señor Arnett, al verle parado, sin ninguna idea de salir para acompañar a la joven, exclamó:

—¡Oye! ¿Para qué crees tú que te empleé?

Simplex comprendió y salió de la estancia sin decir nada. Poco después acompañaba ya, por el camino, a la caprichosa Elena.

Y cuando apenas él se había despedido del señor Arnett, se presentó ante éste el capataz, que ya había realizado parte de su plan contra el vagabundo:

En efecto, la noche antes, poco después de haber vuelto de su hazaña por causa de la cual Simplex hubo de pasar la noche desvanecido, volvió a salir y se dirigió hacia la parte de la hacienda en que estaba el ganado. Y llevó a cabo lo ordenado por Fred, con unos cuantos animales, no

muchos todavía, para no llamar demasiado la atención.

Así, ahora, en cuanto vio que Elena y el vagabundo habían salido, se presentó ante el propietario y le dijo:

—Esta mañana hallé tres de los mejores de los toros muertos en el corral. Todos los demás, se encuentran bien. ¡Parece que los han envenenado!



—¿Qué me dices?—preguntó el señor Arnett, sorprendido.

—La verdad. ¡Parece que los han envenenado!

—¿Sospechas de alguien?

—No quiero levantar falsos testimonios. Pero he de decir lo único que sé. Anoche vi a ese vagabundo que acompaña a su hija rondando por el campo. La verdad, me extrañé.

—Ciertamente, no ha pasado la noche en casa. Pues bien, síguelo adonde quiera que vaya. Y si obra sospechosamente dímele sin tardanza.

Entretanto que tenía lugar este diálogo, de tan mala fe por parte del capataz, Elena, ya lejos de su casa, preguntaba al vagabundo:

—¿Entregaste mi carta?

—No, señorita. No logré llegar a las viviendas. El caballo me tiró y perdí el conocimiento. Toda la noche la he pasado sin darme cuenta de nada.

—¿Mientes!—gritó Elena con nerviosidad.—¿Por qué no dices la verdad? ¿Por qué no dices que leíste la carta y que, enterado de su contenido, no la quisiste llevar?

—No he leído la carta. Sus palabras me dicen que quien mintió fué usted al decirme que decía una cosa diciendo otra... Siendo así, más vale que, ahora en el pueblo, la eche usted al correo.

—¿Simplex!

—Señorita, Elena!... No está bien que me hiciera usted ir engañándome.

—Basta...

—Encantado. Bien sabe Dios que me gusta muy poco hablar.

Y en efecto, no volvieron a cruzar ni una palabra en todo el día.

Y por la tarde, cuando volvieron, Simplex se dió cuenta de que el señor Arnett le esperaba, visiblemente impaciente, deseoso de decirle algo de interés.

Así, en cuanto Elena se hubo retirado a sus habitaciones, el vagabundo, llevado por el propietario a su despacho, oyó que éste le decía, con evidente malhumor:

—Cox, no estoy satisfecho con tu explicación de esta mañana respecto a las causas que alegaste

por haber pasado la noche fuera de casa. Quiero saber, pues, dónde pasaste la noche. Quiero saber qué hiciste. Y cuidado con mentir otra vez.

—Bien, si insiste en saberlo, se lo diré. Fui a llevar una carta a Bolton de parte de la señorita Elena.

—¿Tú?—gritó el señor Arnett, y la cólera no le permitió decir nada más.

Sí, yo... Pero era una carta en que ella le decía que no le vería más.

—¡Ah!—exclamó, alborozado el señor Arnett.—Muy bien.

Cesó, como por encanto, su cólera y se sintió poseído por una alegría sin límites. Alegría por la noticia de que su hija no vería más a Fred y alegría por comprobar que no debía tener ninguna sospecha del vagabundo respecto a la muerte del ganado. Y como prueba de su satisfacción dió un nuevo cigarro puro a Simplex, gran prueba de consideración, como ya hemos dicho anteriormente.

Simplex cogió el puro y salió de la estancia. En la habitación vecina le esperaba Elena, que había oído el diálogo. Al verle entrar, se dirigió a él, con una mirada en la que había gran admiración, y le dijo:

—Entonces, ¿es cierto, Simplex, que no leíste mi carta?

—Claro que no la leí. ¿Cómo iba a dudar de su palabra?

Y salió del jardín, meditando sobre las muchas cosas misteriosas que pasaban y que él quería aclarar.

• • •

En las noches siguientes siguieron muriendo toros y caballos. El señor Arnett estaba preocupadísimo por ello. Y, como por otra parte, se acercaba la fecha en que vencía el pagaré, se decidió a vender las viviendas, para lo cual llamó a Ezequiel Hawkins. Al cual dijo:

—Y bien, ¿cuál es su última proposición acerca de las viviendas?

Hawkins, aleccionado por Fred, contestó:

—Mi gente ya no está interesada en ellas. Como usted se negó a venderlas, desistieron. Ya no las quieren.

—Lo celebro. Así buscaré el dinero por otro conducto.

—Haga lo que tenga por conveniente. Yo vendré a cobrar el pagaré pesado mañana, que es cuando cumple.

Había en estas palabras una velada amenaza que el señor Arnett comprendió. Y cogió al que las había pronunciado y lo puso, con violencia, en la calle.

III

Pasaron dos días y llegó el viernes, día de la cita de Elena con Fred y día también del vencimiento del pagaré que el señor Arnett tenía que saldar con Hawkins.

A las diez de la mañana salió para las viviendas, a caballo, acompañada por Simplex, Elena, la cual comprendió que había de tener aquel día, con el vagabundo, un serio conflicto.

Poco antes de llegar al término del viaje, se

rompió un estribo de la montura de Elena. La joven indicó a Simplex que lo arreglara y éste bajó de su caballo y puso manos a la obra. Mientras trabajaba, Elena no cesaba de mirarle. Al fin, le dijo:

—¿Sabes, Simplex, que eres muy interesante?

Simplex volvió la cabeza y contestó con su proverbial ironía:

—Ya lo creo...

—Y que si llevaras buenas ropas—añadió la joven,—serías hasta bien parecido.

—Sí. Y si tuvieras dinero sería rico.

Elena, sin advertir el gran humorismo de estas palabras, agregó:

—¿No sabes que mi papá dice que yo me enamoro de cuantos hombres veo?

—No, no lo sabía. Pero quizá tenga razón.

—Pues no, no tiene razón. Eso no es cierto. Al contrario, siempre evito enamorarme de alguien concentrando mi mente en ciertos detalles que le afean... como un lunar, o unas orejas feas...

Simplex no se acordaba de si tenía algún lunar. Intentó mirarse las orejas pero no podía...

Elena agregó:

—O unos pies grandes...

Simplex miró sus pies, calzados aún por las botas rotas. Procuró ocultarlos.

Por esto, acabamos de saber que Simplex se había enamorado de Elena. Ella ya lo sabía. Y por sus palabras, nos enteramos de que hace esfuerzos por no enamorarse ella...

Hubo un momento de silencio total.

Luego, Elena volvió a hablar:

—Yo no he amado en verdad nada más que a un hombre.

—¿Sí?

—Sí. Y ahora vamos a encontrarnos con él.

—No hay nada de eso, señorita. O, en todo caso, antes, yo tengo algo que decir sobre el particular.

—¿Pero no te da vergüenza—dijo con violencia la joven—hacer lo que estás haciendo? ¿Por qué no buscas un empleo más digno de un hombre?

—Todo es cuestión de apreciaciones. Este empleo, ciertamente, mirándolo por encima, no es muy digno. Pero yo, desde el primer día, he visto detrás de él algo misterioso, algo que sí será, no le quepa duda, digno de un hombre. No sé lo que será, pero, de cualquier modo, será algo que, para aclararlo, necesitará la intervención de un hombre. Y ese hombre quiero ser yo...

—Sueños. Pero nada me importa. Yo amo al señor Bolton porque es muy valiente, muy noble y muy caballero...

—Puede que lo sea para usted, muy valiente. Yo opino lo contrario. Todavía no me he olvidado de que me dió la oportunidad de que me pegaran un tiro por diez dólares. Si quiere saber mi opinión particular, le diré que tiene usted un gusto pésimo enamorándose de ese tipo...

—Basta...

—Basta, de acuerdo. Pero ahora, usted hará el favor de esperarse aquí unos momentos. Regresaré en seguida. Quiero ir solo a decirle algo a ese pájaro de Bolton.

El gesto de Simplex fué tan categórico, que Elena no se atrevió a protestar y le dejó partir.

Como estaban cerca de las viviendas, Simplex llegó en seguida adonde Fred esperaba a Elena. Este, al verlo llegar, corrió hacia él, exclamando:

—¡Oh! ¿Es usted, amigo mío? ¡Caramba,

cuánto celebro verle! La verdad, el viejo Arnett le ha dado un magnífico empleo.

—En primer lugar—contestó Simplex con calma,—usted no es amigo mío; en segundo lugar, no sé por qué ha de celebrar usted el verme cuando procuró no hace mucho exponerme a morir a manos del padre de Elena, y en tercer lugar, me gustaría saber cómo se ha enterado usted del empleo que tengo, lo cual no tardaré en averiguar por mí mismo. Empleo, ciertamente, muy honroso, pues que consiste en ahuyentar perros como usted del lado de Elena...

—Esas palabras...

—Están dichas. La señorita Elena está cerca y viene a verme. Pero yo he venido para evitar esa entrevista. De modo que, pronto, márchese usted.

Fred, acobardado, iba a emprender la huida.

Pero, antes de que lo hiciera, llegó Elena, la cual, extrañada de la tardanza de Simplex, abandonó los caballos y se acercó a las viviendas y, al ver lo que ocurría, sacó una pistola que trala oculta, en prevención del conflicto que presentía con el vagabundo, y encañonando a éste, gritó:

—¡Simplex! Ya estoy cansado de tanto entrometimiento por tu parte en mis asuntos. Ahora voy a procurar que no me vuelvas a molestar por mucho tiempo.

Fácil le habría sido a Simplex desarmar a la joven, pero le repugnaba ejercer violencia contra una mujer. Así, se dejó conducir por Elena hasta el pie de las viviendas, donde ésta le ordenó subir por unas escaleras de mano hasta el primer piso, luego al segundo y después al tercero. Cuando ya estuvo allí, Elena ordenó a Fred que subiera y quitase las tres escaleras, de modo que Simplex,

por esto, quedó aislado en la altura, sin poder subir ni bajar ni dirigirse a ningún sitio. Adonde quiera que hubiera dirigido sus pasos le esperaba la muerte.

En seguida que Elena se convenció de que Simplex no podía ya molestarla, abandonó su pistola y se entregó a un diálogo de amor con su pretendiente, el cual, en espera de que ella había de venir, había preparado una succulenta merienda para los dos, en la que abundaban vinos de los más generosos.

Mientras comían, trazaban planes para el porvenir. Simplex, desde arriba les veía y se desesperaba de su impotencia para evitar aquel idilio, no tanto por cumplir los mandatos del señor Arnett, cuanto porque estaba locamente enamorado de Elena y le molestaba que fuese otro hombre quien hablaba con ella de amor.

No resignándose a permanecer allí, emprendió trabajos para bajar evitando todo peligro. Haciendo con sus pies hoyos en las paredes, a manera de escalones, emprendió el descenso, pero por un sitio escondido, para no ser visto.

Cuando ya estaba cerca del suelo, después de algunas horas de improbables trabajos, doblemente penosos para él, que tan poco aficionado a trabajar era, se vio el capataz, que se acercaba a las viviendas con una comunicación urgente para Fred. Al verle, se olvidó de todo y sólo pensó en cazar a Simplex y presentarlo, preso, con una acusación terrible, que ya pensaba, al señor Arnett. Con este objeto, se escondió en una abertura de las viviendas por junto a la cual, cuando acabara de bajar, no tendría más remedio que pasar Simplex.

En efecto, poco después, ya en tierra, pasaba por allí el vagabundo. Y el capataz, poniéndose

ante él, con una pistola a punto de disparar, exclamó:

—¿Qué diablos haces tú aquí?

—Me divertía — contestó, sonriendo el vagabundo.

—Bien. Ya sé lo que hacías. Andando, delante de mí hacia la casa del señor Arnett. Ya sé yo lo que hacías. Si intentas la menor resistencia, disparo.

Simplex obedeció. A tiempo que andaba iba pensando: «Este tipo está enzarzado de todo el misterio que me preocupa. No cabe duda. Entre él y Bolton hay algún convenio extraño. ¿Por qué si no, habrá de encontrarse aquí? ¿Si yo lograra hacerle confesar...! He de lograrlo y hoy mismo, antes de llegar a casa. Me atormenta ya demasiado cuanto ocurre a mi alrededor.»

Este pensamiento se aferró a su mente de un modo absoluto. E, inmediatamente, se decidió a poner en práctica algo para apoderarse del capataz y hacerle hablar. Y pensado y hecho, hizo como que tropezaba y cayó al suelo, tan largo cuanto era. El capataz, que venía detrás, tropezó, de verdad, con su cuerpo y cayó también, al lado de él. Y él, ya prevenido, se arrojó sobre su enemigo y le arrebató la pistola. Hecho esto, se puso en pie y, apuntándole con el arma, exclamó:

—Estoy en antecedentes de tus tratos con Fred. Si no confiesas ahora mismo todos vuestros planes, no tendré ninguna compasión de ti. Estoy decidido a todo. Desde el día que llegué he advertido el ambiente de misterio en que todo se desenvuelve. Quiero aclarar este misterio. Y poco me importa la vida de un hombre para conseguir mi objeto, sobre todo cuando ese hombre es tan despreciable como tú, que comes el pan del señor Ar-

nett y que le vendas a su mayor adversario, el repugnante pretendiente de su hija. ¡Habla o le mato!

—No me hagas daño, Simplex. ¡Hablaré!

—¡Habla!

—Fred es químico. Ha hecho pruebas con el mineral que hay en las viviendas y saca platino.

—Sigue.

—En una cueva que hay en este lado de la montaña tenemos escondido todo el platino que se ha hecho. Hay allí dos hombres guardándolo.

—Continúa.

—En la casa de madera que hay enfrente de las viviendas, a alguna distancia, está instalado el laboratorio. Trabajan en él tres amigos de Fred.

—Sigue.

—Ezzequiel Hawkins compraba las viviendas al señor Arnett por encargo de Fred.

—¡Qué despreciables sois todos! Conduceme a la cueva. Andando, delante de mí. A la menor resistencia, como tú dijiste hace poco, disparo. Y no te servirá el tropezar. ¡Cuidado!

Fueron hacia la cueva, oculta entre maleza. Simplex hizo entrar en ella al capataz y cerró por fuera para que no se pudiera escapar ni él ni los que ya había allí. En seguida, se dirigió a la caseta en que estaba instalado el laboratorio. Estaba cerrada. Subiendo en su caballo, pudo ver lo que ocurría dentro. Con un cordel ató el llamador de la puerta para poder llamar desde el otro extremo. Llamó, y los tres hombres que había dentro, provistos de sus respectivas pistolas, salieron a abrir. Mientras lo hacían, Simplex entró por la ventana y, como estaban de espaldas, le fué fácil apoderarse de ellos. Inmediatamente los llevó a la cueva

y los encerró en ella con los que ya había allí. Antes de partir de la caseta, había tenido buen cuidado de coger y guardar en sus bolsillos algunas muestras del platino que Fred sacaba de las viviendas.

Cuando ya los tuvo a todos encerrados, se encaminó al sitio en que Fred y Elena estaban. Procuró llegar hasta cerca de ellos sin que advirtieran su presencia.

Simplex oyó que Fred decía:

—¿De veras que me quieres lo suficiente para casarte conmigo?

—Sí; pero es preciso que hallemos el modo de que mi papá nos dé su consentimiento.

—Ya lo encontraremos, Elena.

Simplex, apuntando con su pistola a Fred, interrumpió el diálogo, diciendo:

—Ahora, señor Bolston, que ya tengo al resto de la cuadrilla, me voy a ocupar de usted.

Elena intervino, queriendo oponerse a los planes de Simplex. Pero éste, a tiempo que hacía un gesto imperativo, le dijo:

—No se meta en esto, señorita Arnett. Ahora quien manda aquí soy yo. Bástele saber que este hombre es indigno de usted.

Y en seguida ordenó a Fred que subiera, por las mismas escaleras que él había subido poco antes, hasta lo más alto de la vivienda. Y a medida que iba subiendo, desde abajo, sin dejar de apuntarle con la pistola, Simplex le obligaba a que quitara él mismo las escaleras.

Elena, no queriendo presenciar aquella degradación de su prometido, huyó, en su caballo, hacia su casa.

Poco después, cuando ya estuvo Fred aislado en lo más alto de las viviendas, Simplex partía

también, a galope tendido, hacia la casa del señor Arnett.

Toda la cuadrilla, en efecto, había sido aprisionada por el vagabundo, toda menos el tipo llamado Hawkins. El cual, con precisas instrucciones de Fred, se había presentado, mientras ocurrían estas cosas, en el domicilio del señor Arnett, provisto del pagaré.

En su despacho, el señor Arnett le dijo:

—No tengo dinero para pagarle el pagaré. Contaba con mis animales y se me han muerto. Sólo me quedan las viviendas y los que querían comprarlas ya no tienen interés en ellas...

—Para que vea usted que soy su amigo, me las quedará yo. El pagaré son tres mil dólares. Yo se lo entrego a cambio de las viviendas. Para nada han de servirme. Pero son muy bonitas. Me dará orgullo poder decir que son mías.

—De acuerdo. Pero márchese usted ahora mismo, antes de que me ponga de mal humor. Mañana formalizaremos la venta...

Hawkins, loco de contento, salió de la casa.

En la puerta, se encontró con Elena, que subía nerviosísima. No se saludaron.

El señor Arnett, al ver entrar a su hija sola, le preguntó:

—¿Dónde está Cox?

—No sé—contestó Elena. Y aprovechando la ocasión para vengarse de lo que Simplex había hecho, añadió:

—Le dije que quería estar a solas con el señor Bolston... y se marchó.

Dicho esto, se retiró a sus habitaciones.

En seguida llegó Simplex. Y el señor Arnett, plantándose ante él, exclamó:

—Ya estoy enterado de lo bien que cumples

con tu misión. Elena me ha contado que la has dejado sola con ese tipo de Bolston. De modo, muchacho, que quedas despedido. Puedes seguir tu camino, pero pronto, antes de que me incomode.

—Bien. Me iré. No sé lo que le ha contado la señorita Elena ni me importa. Pero yo tengo que contarle a usted algo que le interesa: Bolston está sacando platino de las viviendas. Por eso se las querían comprar. Hawkins no es nada más que un agente suyo.

—¿Qué dices?

—Aquí están las pruebas de lo que digo—y puso el platino que llevaba en los bolsillos sobre la mesa.—A Bolston—añadió—lo he puesto en un lugar de donde no se puede escapar. Y a toda su cuadrilla la tengo encerrada en una cueva... Ahora, señor Arnett, por mi parte, soy yo quien me despido. ¡Adiós!

Y salió.

El señor Arnett, que sólo pensaba en la palabra que había dado a Hawkins, no se dió cuenta de las últimas frases del vagabundo.

Salió corriendo para alcanzar a Hawkins y decirle que no había nada de la venta de las viviendas. Lo alcanzó, en efecto, bien pronto y, subiendo en el cochecillo en que iba lo zarandeó a tiempo que le decía:

—Miserable. Ya estoy enterado de tus tracas. Pero esto se acabó. Te daré una lección que no olvidarás en mucho tiempo.

Entretanto, el vagabundo abandonaba también la casa, dispuesto a emprender de nuevo su caminar eterno.

Elena le vió partir y sintió que se iba, con él,

una ilusión poderosa. Hasta entonces no se había dado cuenta de que le amaba.

Cuando ya el vagabundo se había alejado, se percató de una fuerte congoja que se había apoderado de su corazón. Y enganchó un cochecito y salió, también a galope tendido, por la misma dirección que Simplex había seguido.

Cuando ya iba a alcanzarlo, cerca de la vía, pasó un tren de mercancías, que marchaba despacio. Simplex subió a él y se ocultó entre las ruedas. Elena siguió, al galope, la marcha del tren.

Un mozo descubrió al vagabundo y le hizo bajar. Cuando ya el tren se había alejado, Simplex se dió cuenta de que estaba, a su lado, en el coche, Elena. La cual le dijo:

—No creí que querrias partir sin tu coche. Como no estaba, te he traído este otro.

—Me olvidé por completo. Si no le disgusta, la llevaré en él a su casa y luego me marcharé.

Elena asintió con un gesto.

Subió él al coche, en silencio. Elena, mirándole, con visibles deseos de abrazarle, exclamó:

—¿Pero es que no te has dado cuenta de que te amo?

El vagabundo, de alegría, se estremeció y miró a Elena de un modo encendido, pero sin acertar a decir palabra.

En aquel momento, se rompió una rueda del coche, como para invitarles a emprender el idilio.

FIN

Nueva Colección de Postales-retratos

DE

ARTISTAS CINEMATOGRAFICOS

(FOTOGRAFAS)

AGNES AIRES	PAULINA FREDERICK
LEBUCKLE ROSCOE (Felix)	ELIZABETH FAIR
MARY ANDERSON	FISKE FERRISBORN
AET ACCOB	ALICE B. FRANCIS
ITALIA ALMIRANTE MANGONI	MAUDE GEORGE
FRANCESCA BRETINI	JAQUELINE GODSON
ALICE BRADY	EDUARDO (Edu) GIBSON
ENNID BINNET	CLARA HORTON
CONSTANCE BINEY	LILLIAN HALL
RICHARD BARTREMS	CAROL HOLLOWAY
GEORGE BISOP	SESSUR HAYAKAWA
ARMAND BERNAT	WALTER HIRS
MARGARITA CLARCK	HELEN HOLMES
JAWEL GARMEN	WILLIAM S. HART
MARY GARY (Maryon)	CHARLES HUTCHINSON
GRACE GUNARD (Lucille Hunt)	WANDA HAWLEY
JUNE GARRON	GARY HUGHES
JANE COLW	JACK HOXT
ALBERTO CAPOZZI	EDITH JOHNSON
NAYOYA CAPRI	AGNE JOYCE
IRENE CASTLE	LEATRICE JOY
CHARLES CHAPLIN (Charlot)	ROMOUALD JOUBE
CHARLES CHAPLIN (Charlot), p ^o parte	MARTA JACOBINI
LON CHANEY	MARGE KENNEDY
ELENA CHADWICH	KUSPER KEATON (Pamplina)
LUCY DORAIN	DORIS KRYTON
BEBE DANIELS (Bebe)	MOLLIE KING
DOBOOTHY DALTON	JAMES KIRKWOOD
HELENA DARLE	TILDE KASSAY
VIOLA DANA	NORMAN KEERT
KATHERINE MAC DONALD	DIANA KARENE
WILLIAM DUNCAN	NATALIA KOWANIO
CAROL DENSTER	CLARA KIMBALL
EACHEL DAYVELL	LOISE LOVELLY
FRISCELLA DEAN	HERT LITTELL
ROGNALD DEHI	ELMO K. LINCOLN
WILLIE DOVE	BESSIE LOVE
RENIA DESNI	DOUGLAS MAC LEAN
WILLIAM DESMOND	VICTORIA LEBANCO
MIS DU-POY	MITCHEL LEWIS
MAXINE ELLIOT	HAROLD LLOYD (H)
MARGARETH FISHER	MARGARET LIVINGSTONE
FRANCIS FORD (Ganda Hugo)	LUISA LOUBAINE
WILLIAM FARNUM	ANNA LITON
FRANKLIN FARNUM	LAURA LA-PLANTE
DOUGLAS FAIRBANKS	MAX LINDER
GERALDINA FERRAR	MAX MURRAY
	BLANCHE MONTIL

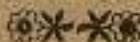
MARGARET MARSH
MARY MILLEN MINTON
MAX MARSH
GASTON MITCHELL
HEIRLEY MASON
TOM MITT
M. MATHE
TOM MOORE
JACK MITCHELL
LYA MARA
ANTONIO MORENO
THOMAS MORGAN
GINETTE MADDLE
MACISUS
SANDRA MILONAVOFF
CHARLES MACK
FRANK MAYO
TOLA NEGRI
ATLA NAXIMOVA
BRUNO NAVARRO
MARTIN NOEMANO
ANA O. NITSON
SENA OWTIN
MARTA OSBORNE
LIVIO PAVANELLI
DORIS PARN
NILEM PERRY
JACK PICKFORD
EDDIE POLO
DARY PAUL
MARY ROCKFORD
MARY PRILBIN
MARIH PREYOST
JEAN PAGE
ENNY PORTEN

PRINCE (Sebastiano)
HOUSE PETERS
WILL ROGERS
WILLIAM RUSSELL
WALLACE BRID
CAMILO DE RISO
HERBERT RAWLINSON
RUTH ROLAND
CHARLES RAY
JOE RYAN
FRITZI RYNGWAY
MARIETTE ROLLIN
M. RINSOVI
PATRI RUTH MILLER
PAULINE STARR
BERTAYO SHERNA
LARRY SIMMON
HELOISA SWANSON
ANITA SFWALL
CLAUDIO SILWYNN
MADLAINE TRAVERSEE
OLIVE THOMAS
NOEMA TALMADGE
CONSTANCI TALMADGE
ALICE YERBY
VERA YERGANI
VIRGINIA VALLI
RUDOLFO VALENTINO
FANNIE WARD
PEARL WHITE
GEORGE WALSH
MABLE WALCAMP
HEN WILSON
GLADIS WALTON

20 CÉNTIMOS EJEMPLAR

Diez por ciento descuento tomando toda la colección.

Pedidos acompañados de su importe en sellos o por Giro Postal a **Publicaciones Mundial**.—Apartado 925, Barcelona.



FIGURINES DE MODAS

Las más elegantes, las más prácticas, las preferidas por el público de buen gusto, son las siguientes:

Album de Bal	Anual	10'— pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemens Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio: figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a las señoras correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barbadá, 15, Apartado 921 — Barcelona